

mestre.—Y así que ella notó que á mi padre le daba un desmayo, llamó en alta voz á algunos caballeros de la corte, les recomendó tuvieran cuidado de él, que le sacaran al aire libre y que le enviasen á su posada en uno de los coches reales. ¡Cómo cambiaron entónces respecto de nosotros aquellos mismos caballeros que dos días ántes no se habian dignado parar la atención en el estropeado oficial ni el rapaz que le servía de Lazarillo! Lo mismo sucedió con el posadero, luego que nos vió llegar en un coche de S. M.; no sabia cómo complacernos, ni alojarnos con comodidad y decencia. Sí, la reina nos habia salvado de la miseria y con una palabra nos habia hecho felices.

—¡Dios bendiga la reina! exclamó Margarita levantando ambas manos al cielo. Ahora la amo doble, porque sé que ha sido tu bienhechora. ¡Ah! ¿Por que no me has contado ántes esa historia? Pero de todos modos te la agradezco por el bien que ha hecho á mi corazón.

—Amada mía, agregó Toulan con gravedad, hay experiencias del alma humana que solo se pueden revelar en los momentos de prueba de la vida. El día ha llegado hoy, y yo levanto los velos que ocultan mi corazón a fin de que veas y sepas lo que despues de tí, solo Dios ve y sabe. Desde el día en que por última vez pisamos la galería del palacio y la reina nos dió vida y felicidad, le pertenecieron mi alma y mi corazón. A ella le agradecí el contento de mi padre. Las horas agradables que pasamos juntos, los conocimientos que adquirí, los estudios que emprendí, mi posición presente; todo se lo debo á la hermosa y noble María Antonieta. Tornamos á nuestro primitivo hogar, y yo concurrí á una escuela para aprender algunos ramos de una carrera puramente mercantil, la de librero. Porque mi padre no quería que yo siguiera la de las armas, en que le habia ido tan mal.—Busca una ocupación independiente, me decía; sé hombre libre, aprende á depender de tí mismo. Usa las facultades de tu entendimiento con entera libertad, sienta plaza de soldado del trabajo, y de esta manera servirás mejor á tu país. Sé, que en la hora del peligro serás un verdadero soldado de tu reina, y pelearás por ella mientras te dure el aliento.—Prometí hacerlo así en la hora de su muerte. Aun entónces vió él los oscuros y peligrosos días por que ahora pasa el reino, aun desde entónces oyó él los mugidos de la tempestad cuya aproximación ya se tiene por inevitable. A menudo á mi vuelta á casa, le encontraba leyendo, con los ojos llenos de lágrimas, los folletos y periódicos que nos llegaban á Ruan de París, los cuales nos parecían ni mas ni menos las aves precursoras de la tormenta.—La reina es un ángel de inocencia y de bondad, me decía, y sin embargo, hay quienes traduzcan estas cualidades, la una por malicia, la otra por maldad. Ella es como el cordero rodeado de tigres. Júrame, Luis, que si Dios te ayuda buscarás ese cordero y procurarás libertarle de los tigres sedientos de sangre. Júrame que consagrará tu vida en su servicio.—Y se lo juré, Margarita, no ya solo por él, sino por mí mismo; repitiendo yo todos los días en el fondo de mi pecho: A la reina María Antonieta le pertenece mi vida, pues á ella le debo todo lo que la hace agradable.

Saí de Ruan cuando murió mi padre, y me trasladé á París, continuando en esta mi ocupación de librero. El instinto me decía que no estaba distante el día en que los amigos de la reina tendrían que defenderla, y que hasta que llegase el peligro real, quizás se verían en el caso de llevar la máscara. Ya hallegado ese día, Margarita, la reina está en peligro, los tigres rodean al cordero y no podrá escapar. Enemigos aquí, enemigos allá, enemigos dentro del mismo palacio. La ha perseguido con injuriosos epigramas por años seguidos su propio cuñado el conde de Provenza, porque no puede olvidar que el rey hace mas caso de los consejos de su esposa que de los de su hermano, el cual la odia. Si es el conde de Artois, ántes el solo amigo de María Antonieta en la real familia, también se ha pasado á las filas de sus enemigos, solo porque se opuso al parecer de los hermanos del rey que querían la doble representación del Tercer Estado, y ella aconsejó que se cumplieran los deseos de la nación y se convocaran los Estados Generales. El conde la acusa de parcial por el pueblo, al paso que este último no cree en el amor de la reina, se ha vuelto contra ella, la odia, y á ello contribuyen todos los partidos. Otro tanto ocurre con el duque de Orleans, quien no puede perdonar á S. M. le mire con el desden que merecen sus infamias. Si son las tías de la reina no pierden ocasion de vengarse de ella por la oscura posición á que las han consignado su edad y sus ideas atrasadas, mas bien que la belleza, la juventud y el talento de María Antonieta. La corte toda, esas malignas y celosas señoras, le hacen pagar caro por su afición á los Polignac. Han vilipendiado su nombre, le han asestado tiros con toda clase de armas prohibidas y de mala ley,—calumnias, folletos, epigramas, libelos infamatorios. Achácanle la causa de todo lo malo que sucede, y la hacen responsable de todos los males de la nación. Segun sus enemigos, la reina tiene la culpa de los atrasos del Tesoro, y desde que el ministro ha declarado el país en quiebra, los Parisienses llaman á la reina madama Deficit. Maldícenla cuando sale á paseo y cuando va al teatro; aun en los jardines de Saint Cloud y el Trianon, hay quien se atreve á insultarla. Truenan contra ella en todos los clubs de París y la llaman la destructora de la Francia. Los enemigos de María Antonieta, en fin, han resuelto su caída y es tiempo que sus amigos se preparen á defenderla. Ya ha llegado el momento en que cumplo el voto que hice á mi moribundo padre. Dios en su infinita bondad ha querido que yo surja y prospere; mi posición hoy es holgada é independiente; la confianza de mis conciudadanos me ha elevado á consejero; empleo que he aceptado no por vanidad ó ambición sino porque me facilitará la oportunidad de servir á mi reina. Llevo máscara; ostensiblemente pertenezco á los demócratas y agitadores; ante el mundo aparezco como enemigo de la reina, á fin de poderla servir mejor como amigo; porque te repito delante de Dios, suya es mi vida, mi ser, mi alma. Te amo, Margarita; de tí espero todo lo que hace agradable la vida, y sin embargo, es fuerza que esté listo para dejarte á toda hora, para ver arruinada mi dicha sin una queja, sin un suspiro, como se trata de servir á mi reina. A tí te ama mi

corazón, á ella mi espíritu adora. Do quiera que yo esté, Margarita, acudiré al llamado de la reina, aun cuando sepa hallar la muerte á su lado.

Atravesamos, amada mía, una época oscura y tempestuosa, el país parece amenazado de una convulsion general. Las pasiones empiezan á desencadenarse, todos parecen animados del deseo de pelear por la libertad y romper las cadenas con que creen que los oprime el gobierno. Comienza á abrirse un abismo entre la corona y la nación, abismo que en vez de colmar, mucho temo, ensancharán todavía mas los Estados Generales. Sabiendo todo esto, Margarita, ¿querrás aceptar mi mano, la cual es verdad te ofrezco con todo mi corazón? Querrás ser mi esposa, conociendo que mi vida no te pertenece á tí sola? Te hallas dispuesta á dividir conmigo los peligros de una época tempestuosa y á consagrar-te conmigo al servicio de la reina? Medítalo ántes de contestarme, Margarita. Considera que exijo de tí un grande sacrificio,—ligar tu existencia á la de un hombre listo siempre á dar la suya por otra mujer, á dejar su amada para correr á la muerte en defensa de su reina. Sondea tu corazón y si hallares que el sacrificio es demasiado duro, vuélveme la espalda, yo seguiré mi camino, no exhalaré una queja, creere que todo es por nuestro bien, te amaré mientras aliente, y te agradeceré eternamente las dulces horas que me has hecho disfrutar á tu lado.

Al concluir su discurso le echó una mirada suplicatoria; pero Margarita no le volvió la espalda. Léos de ello, una sonrisa celestial bañó sus menudas facciones, sus ojos reimpaguearon de amor y emoción, y cuando los clavó en los ojos de su amante, le echó los brazos al cuello, oprimió su cabeza contra el seno, besó sus cabellos oscuros y rizados, y le dijo:

—Ay! Luis, yo te amo á pesar de todo, y me siento dispuesta á consagrarle mi vida, á dividir contigo los peligros, á no desampararte nunca. Soldado de la reina, en mí hallarás siempre un camarada. Contigo pelearé en su defensa, contigo moriré por ella, si fuese necesario. En comun la amaremos, en comun la serviremos, y con felicidad y amor le agradeceremos el bien que te hizo a tí y á tu padre.

—¡El cielo te oiga y te bendiga! exclamó Toulan correspondiendo á sus caricias. ¡Dios te bendiga, ángel de mi amor y felicidad! Ya eres mía, Margarita, porque en este momento nuestras almas se han ligado para siempre con lazos de amor y ternura. Nada puede ya separarnos, mano á mano harémos la jornada de la vida, teniendo á la mira la misma y sagrada meta. Vamos, pues, coloquémonos ante el altar de Dios, y por medio de un juramento de nuestros testimonio del amor que profesamos á nuestra reina.

La presentó él el brazo, y, ambos risueños, bañados sus rostros de indecible contento, salieron del salon y se reunieron á los huéspedes, que ya los esperaban con marcadas señales de impaciencia. En la iglesia, cuando el cura les echaba la bendición mientras los novios se estrechaban las manos, cambiaron una mirada de inteligencia. En aquel momento ellos comprometían su fé á la reina y en vez de entre-

garse el uno al otro, en realidad ambos se entregaban á su soberana.

A la terminación de las ceremonias, salieron todos de la iglesia de San Luis y se dirigieron en carruaje á celebrar las bodas en Versailles, donde el consejero Bugeaud habia hecho preparar un opíparo banquete.

—Me explicarás ahora, hijo mio, le dijo él á su yerno, ¿por qué deseabas celebrar las bodas en Versailles? Por qué no en París?

—Padre mio, os diré en dos palabras la razón; respondió Toulan oprimiendo contra su seno el brazo de la novia. Quería que fuese aquí, donde el país erige su altar, donde la nación dentro de breves días se encontrará cara á cara con estas pobres majestades de la tierra, donde se reunirán pronto los Estados Generales para defender los derechos del pueblo contra las usurpaciones del soberano, aquí quería dar á mi vida una nueva consagración. De hoy en mas Versailles me será doblemente caro, porque á él le deberé mi dicha como hombre y mi libertad como ciudadano. Hamme hecho la honra en Ruan de elejirme diputado del Tercer Estado, y, como dentro de pocos días se reunirá aquí en Versailles la Asamblea nacional, deseaba enlazar con el lugar mi futura felicidad. Quise casarme en la iglesia de San Luis porque amo al buen rey Luis XVI. El es el amigo sincero y firme de la nación y sería feliz su pueblo, si se lo consintiese la reina, la Austriaca.

—Así es, repuso el consejero suspirando, quien á despeño de su parentesco con madama de Campan, pertenecía á los contrarios de la reina. Bien dicho, si la Austriaca se lo permitiese. Pero ella no quiere que la Francia sea próspera y dichosa. ¡Ay! de la reina! todos nuestros males nos vienen de ella!

CAPÍTULO IX.

APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES.

En la mañana del 5 de mayo de 1789, ocurrió la apertura de los Estados Generales de Francia. Se habia señalado esa fecha, para prolongar lo mas que fuese posible el ceremonial de los procedimientos, al mismo tiempo que para aprovechar el tiempo en prepararle una humillación marcada á los miembros del Tercer Estado.

Como la mas apropiada para recibir á los mil doscientos representantes de la Francia, se escogió una gran sala del palacio en la calzada de Versailles, muy hermosa y capaz. Escogida se adornó en debida forma. El mismo Luis XVI, que era amigo de trazar planos y adornos arquitectónicos, tomó á su cargo con calor las innovaciones y mejoras del salon.

De mucho tiempo atras habia considerado el rey, que era necesario preparar digna y convenientemente, en ocasion tan señalada, el sitio donde iban á reunirse los representantes de la nación. Para ello, habia escogido él en persona las colgaduras de los adornos y las cortinas que debían proteger los diputados y espectadores contra la viva claridad del día.

Quando llegaron los miembros del Tercer Estado, vieron con sorpresa grande que no debían entrar en el salon por la misma puerta destinada á los representantes de la nobleza y

el clero, los cuales habían sido elejidos al mismo tiempo que ellos. Mientras esos dos brazos entraban por la puerta principal, los diputados del pueblo tenían que entrar por una puerta trasera, que abría á un corredor oscuro y estrecho, en el cual, apiñados como ovejas, los forzaban á esperar la apertura de la sesión.

En el día de que hablamos aquí, dos horas largas estuvieron aguardando en aquel lugar estrecho é incómodo á que el maestro de ceremonias, el marques de Brezé, les abriera la puerta.

Destumbrante fué la escena que se presentó á sus ojos. La sala que se había preparado para las sesiones de la nobleza, se dilataba dentro de dos hileras de columnas jónicas, que le comunicaban aire no visto de grandeza y solemidad. La luz le entraba por una claraboya, cuya claridad moderaba una cortina de rasete blanco. Detrás del trono podía verse un tablado sobrecargado de adornos y debajo de un dosel, un sillón para la reina, sitials para las princesas y sillas para los demas miembros de la real familia. Debajo de ese tablado se hallaban los bancos para los ministros y secretarios de estado. Para la clerecía se habían preparado asientos á la derecha del trono, y á la izquierda para la nobleza, y al frente 600 sillas para los diputados del estado llano.

El marques de Brezé, ayudado de dos sota maestros de ceremonias, asignó á los últimos los asientos que les correspondían, de acuerdo con la situación de los circuitos que representaban.

Cuando el duque de Orleans apareció en medio de otros diputados de Crespy, resonaron apagados aplausos en las galerías que ocupaba el público; aplausos que repetidos por algunos diputados del estado llano, aumentaron de volumen, y entonces se advirtió que el duque hizo que se pasara al frente un clérigo que iba detrás de él en la delegación de dicho distrito, acto que le costó una verdadera lucha.

Entre tanto había empezado á llenarse el banco de los ministros. Se presentaron en cuerpo, vestidos de rico uniforme, con bordados de oro. Solo uno de ellos apareció en traje sencillo de ciudadano, y se portó con la mayor naturalidad, como si se tratara de un negocio cualquiera de estado, ó como si entrara en la sala de su casa, y no fuese á tomar parte en una ceremonia extraordinaria. Así que le reconocieron se pusieron en pié muchos de los circunstantes tanto de la Asamblea como de las tribunas; movimiento espontáneo de alegría, que terminó por un palmoteo.

El hombre en favor del cual se hacia esta demostración halagüeña, era el nuevo ministro de Hacienda, Necker, de quien se prometía la nación que le restituiría su antigua prosperidad y crédito.

Con una ligera sonrisa, que en parte iluminó su semblante pensativo y serio, manifestó Necker que tenía la conciencia del sugeto á quien se destinaba aquella guirnalda de suprema popularidad.

En seguida entró la diputación de Provenza, en medio de la cual sobresalía el conde de Mirabeau, por su orgulloso y osado porte. Su aparición fué la señal para un breve palmoteo en un extremo del salon; honor que se hacia á

un hombre ya famoso en Francia y de quien se decían tantas cosas. Pero no se extendió la demostración aquella sin duda, porque tras los diputados dichos, se presentó por otro lado del salon el rey, en compañía de la reina y seguido de los principes y princesas de la real familia.

En aquel instante resonaron por toda la Asamblea aplausos entusiastas y vivas de alegría. A una señal del conde de Mirabeau, el Tercer Estado, lo mismo que los demas, se puso en pié, y continuó erguido, sin doblar la rodilla, como había sido la costumbre hasta la última reunion de los Estados Generales. Solo uno de los diputados, jóven de aspecto enérgico, ademan soberbio y ojos negros y brillantes, hincó la rodilla en tierra, luego que vió entrar la reina detras del rey.

—Señor diputado, le dijo su vecino mas cercano dándole una palmada en el hombro y haciéndole levantarse. Señor diputado, cumple á los representantes de la nacion mantenerse erguidos ante la corona.

—Cierto, conde de Mirabeau, contestó el jóven Toulan, pues no era otro el diputado este. Pero yo no hincó la rodilla ante la corona, sino ante la hermosa mujer, que lleva el título de reina.

Luis XVI llevaba á la espalda el rico manto de armiño de los reyes de Francia y cubria su cabeza un sombrero de plumas, en cuyo galon chispeaban enormes diamantes, siendo el mayor, el llamado Titt, que ocupaba el centro y despedía vivos rayos de luz. Al parecer, había conmovido profundamente al rey el recibimiento que le había hecho el pueblo; y en prueba de que le tocaba la demostración, se sonrió dulcemente. Despues, sin embargo, cuando volvió á reinar el silencio, y vió la cara grave, varonil y hosca de los diputados, que le quedaban frente á frente, su placer se cambió en confusion, y como que tembló por un instante.

En contraste con él la reina nunca pareció mas serena ni deseosa de abarcar el conjunto del espectáculo con sus granos, azulosos ojos. Repasó las filas de los hombres graves que se hallaban sentados frente al trono, deteniéndose un momento en el jóven Toulan, como si recordase el que dos años antes le había traído la copia de la sentencia en la causa del collar. Y sin poderlo evitar, se cubrió su rostro de improviso de un ligero tinte de melancolia. Sí, le había reconocido; aquel era el mismo jóven que en los aposentos de madama de Campan, le había jurado fidelidad eterna. Y ahora se sentaba en los bancos de los diputados, que eran sus declarados enemigos y le lanzaban torvas miradas. ¡Hé aquí el modo cómo cumplia su voto espontáneo y sagrado!

Pero ya nada le causaba extrañeza á María Antonieta. Había presenciado ella tantos engaños, tantas personas con quienes estuvo estrechamente ligada le habían abandonado, tantos ingratos había conocido en su vida, que no le causó sorpresa la conducta de un jóven que apenas la conocía, que en un rapto de juvenil entusiasmo prometió lo que no pensó cumplir, probándolo el hecho de que en la primera ocasión se había alistado en las filas de sus enemigos.

Bajó los ojos María Antonieta con tristeza y ya no los levantó para mirar lo demas, porque

en aquel instante solemne había recibido una nueva herida, tropezado con un nuevo desertor!

En aquel abatido semblante, en aquella frente sombría leyó Toulan hasta los mas menudos pensamientos; pero no por eso se abatió él ni mostró desazon. Léjos de ello, pensó entre sí:

—Ya llegará el día en que ella confiese que yo soy su constante y fiel amigo. Y en ese día quedará pagado de la injuria que ahora me causan sus bellos ojos, ¡Valor, Toulan, valor! Alza la cabeza y ten serenidad. La lucha ha comenzado: fuerza es que te batas hasta vencer ó morir.

Se levantó el rey y se quitó el sombrero de plumas, haciendo lo mismo María Antonieta, que queria sin duda oír mejor el discurso.

—Señora, le dijo el rey, sentaos, se lo ruego. —Sire, contestó María Antonieta, permitidme estar así, porque no cumple que el vasallo se siente cuando su soberano está en pié.

Estas palabras, que se oyeron en los ángulos mas distantes del salon excitaron en unos murmullos, en otros risas desdeñosas. Lo que fué bastante para que María Antonieta volviese á sentarse como picada de una víbora; aunque con la vista buscó el punto de donde había partido el sarcasmo. Era de los labios de Felipe de Orleans, el cual no se tomó la pena de disimular siquiera el desacato. Por el contrario, á la mirada de indignación de la reina, contestó con otra llena de impudencia, en que se pintaba á las claras el odio que la tenia, el deseo de venganza que le animaba por el desden con que ella le había tratado siempre, y por la pesada burla que una vez le hizo delante de toda la corte. Fué con motivo de que el duque de Orleans, maniroteo y avaro como era, había alquilado los bajos de su palacio para poner en ellos una tienda; y al presentarse en Versailles poco despues, le dijo María Antonieta:—Desde que os habeis hecho mercader, duque, probablemente no le verémos aquí sino los domingos y dias festivos, en que teneis cerrada la tienda. No lo había olvidado Felipe de Orleans y aunque su cara reía, sus ojos brotaban odio y venganza.

Abrió el rey la asamblea de sus estados con un corto discurso; el cual, primero que todos, escuchó la reina con profunda emocion. Mientras hablaba su augusto esposo, ella sintió su espíritu devorado por un pesar tan vivo como inexplicable, sus ojos llenos de lágrimas, que al fin empezaron á correr por sus mejillas en silencio. Hacia el final de su discurso, dijo el rey,—que él era el amigo mas fiel y verdadero del pueblo y que amaba la Francia desde el fondo de su corazón; y en este momento la reina levantó los ojos con una expresion suave y tierna de súplica, en que parecia decir á los diputados principalmente:—Yo tambien soy amiga del pueblo! Yo amo tambien la Francia!

Concluido el discurso, resonaron vivas y aplausos por todas partes, sentándose en seguida el rey y cubriéndose con su sombrero de plumas. Imitaron su ejemplo en cuanto á esto último los nobles de la asamblea, con cuyo motivo Mirabeau, representante del tercer estado, se puso al punto el sombrero. Otros diputados hicieron lo mismo; pero Toulan, á quien antes Mirabeau le había impedido arrojarse,

quiso entónces evitar que los soberbios demócratas se cubriesen en presencia de la reina y así gritó y tuvo el gusto de que muchos otros repitiesen su grito:

—¡Abajo los sombreros!

El rey fué el primero en obedecer. No bien oyó la voz, se quitó el sombrero, y tanto los nobles, como los diputados se vieron obligados á descubrirse, aun cuando al grito de:—Abajo los sombreros! resonaron otros de:—Arriba los sombreros! cubrirse, señores!

Toulan había ganado el punto: nadie estaba cubierto en presencia de la reina.

La ceremonia de la apertura de los Estados Generales, duró cuatro largas y tediosas horas. Su conclusion la anunció el rey levantándose, saludando y saliendo del salon, seguido de la reina y de los principes, todos los cuales imitaron su ejemplo, si bien no con la dulzura y dignidad que él.

No faltaron diputados que gritaran:—Viva el rey! pero estas palabras no tuvieron eco. En cuanto á la reina ni una sola voz se alzó en su favor. Y por lo que hace al exterior, en la plaza hubo varios y confusos gritos. La multitud se había apiñado á las puertas del palacio y llamaba á voces la reina. Había visto entrar á los diputados; al rey cuando pasó para oír la misa del Espíritu Santo en la iglesia de San Luis; lo único que le faltaba era ver la reina.

Apénas resonaron aquellas voces en sus oídos, cuando se le alegró el corazón y se le animó el semblante. Hacia mucho tiempo que no las había escuchado semejantes. Desde el malhadado 1786, desde la causa del collar, se habían hecho muy raras. Habían cesado al fin del todo, y cuando la reina se presentaba en público, lo que hacia pocas veces, la recibían en general con silbidos y murmullos.

—¡La reina! la reina! gritaban muchas voces en la plaza, cada vez mas alto.

En obediencia al llamado, María Antonieta pasó á la sala, hizo abrir las puertas que guñaban al balcon, salió y se presentó al pueblo con inclinaciones de cabeza y amables sonrisas.

Pero en vez de los aplausos que esperaba, la multitud guardó un lúgubre silencio á su aparición. ¡Ni un brazo se alzó para saludarla, no resonó un solo viva!

Léjos de ello, mientras ella saludaba, una voz ronca de mujer gritó:

—¡Viva el duque de Orleans! Viva por siempre el amigo del pueblo!

Pálida y temblando la reina se alejó del balcon y casi desmayada se dejó caer en los brazos de la duquesa de Polignac, que se hallaba detras de ella. Cerró los ojos y permaneció por largo rato presa de una terrible angustia, mientras que por las abiertas puertas del balcon, se oían claramente los vivas al duque de Orleans.

Todavía fuera de sí la reina, la llevaron á sus aposentos y la pusieron en su lecho, delante del cual, en el supuesto de que se había dormido, se quedó madama de Campan.

Reinaba un profundo silencio en el cuarto. Cuando María Antonieta despertó de su sueño ó volvió de su desmayo, lo primero que vieron sus ojos fué á su fiel camarera, arrodillada al lado de su lecho, rogando á Dios por su salud. Le echó los brazos al cuello, reposó la cabeza

en sus hombros, y le dijo entre sollozos y llanto:

—¡Ah! Campan, mi ruina es hecha! Mi infortunio cierto. Ha desaparecido mi felicidad, mi vida desaparecerá también en breve. Hoy he probado la amargura de la muerte. Nunca más volverá á alumbrarnos un día feliz, nos amarga el oscuro porvenir, se ha pronunciado nuestra sentencia de muerte!

CAPÍTULO X.

LA HERENCIA DEL DELFIN.

HACIA cuatro semanas que la Asamblea Nacional celebraba sus sesiones en una de las salas de Versalles; queremos decir, que habian pasado cuatro semanas de agitacion política cada vez mas tumultuosa. La lucha de los partidos era incesante y fiera, marcándose desde luego las aspiraciones secretas de cada cual, y sobre todo el odio que se profesaba á la reina. En realidad, no tenia ella partidarios, sino amigos saltados, los cuales, es cierto, osaban hacer frente al odio público, rechazaban las calumnias que se ponian en circulacion contra su buen nombre, y arriesgaban la vida en la empresa. La mayor parte del pueblo Parisiense, los nuevos demócratas, el duque de Orleans, los hermanos y hermanas del rey, hé aqui de quienes se componia el partido contrario de María Antonieta. ¿Tenian todos esos motivos en qué fundar su odio y enemiga contra ella? Dudoso es creerlo.

Quando propuso Mirabeau en la Asamblea Nacional que se declarase inviolable la persona del rey, de los cuatrocientos representantes de la Francia, solo una voz se levantó para pedir se enmendara la mocion añadiendo las palabras *y de la reina*, inmediatamente despues del nombre del soberano.

Esta enmienda se atrevió á hacerla en alta voz y con la frente elevada el jóven Toulan, que ya se titulaba—soldado de la reina. Pero ni la tomó en consideracion la Asamblea; recibiendo la mocion con murmullos y risas de burla: solo se aprobó la original de Mirabeau, que rezaba,—se declara inviolable la persona del rey.

—Eso quiere decir, dijo la reina al ministro de policia Brienne, quien le traia las nuevas de todo lo que pasaba en Paris y Versalles. Eso quiere decir que ayer se ha firmado mi sentencia de muerte.

—Exagera V. M. un tanto, replicó el ministro horrorizado. Creo que esto significa cosa muy distinta. Cuando no ha declarado la Asamblea Nacional inviolable la persona de la reina, ha querido decir que ella no tiene que hacer con la política y por de contado es innecesaria la declaracion dicha.

—¡Ah! exclamó la reina. ¿Cuán feliz habria sido yo si no me hubiese visto obligada á mezclarme en la maldita política. Ciertamente que ni lo deseaba ni estaba en mi carácter. Mis enemigos tienen la culpa; ellos son los que han trocado en intrigante la reina sencilla y franca.

—No diga tal V. M., repuso el ministro. Usa V. M. una palabra hartó dura. No la emplearian los enemigos de V. M.

—Tal vez sea dura la palabra, pero es la

exacta. Mis enemigos han hecho de mí una intrigante; porque no es otra cosa la mujer que se mete en política con olvido de sus deberes. Veis al ménos que no me lisonjeo, aun que me duele darme un calificativo tan malo. Son felices las reinas de Francia cuando no tienen en qué ocuparse y cuando reservan su influencia para complacer á sus amigos y recompensar á sus fieles servidores. ¿Sabeis lo que me acaba de suceder? continuó ella con triste sonrisa. Cuando yo entraba en el consejo privado para tener una consulta con el rey, mientras pasaba por delante del Ojo de Buey, oí que uno de los músicos decia alto.—La reina que cumple con su deber se está en su cuarto y se ocupa de coser y hacer calceta.—“Pobre hombre, dije entre mí, tienes razon; pero ignoras cuán desgraciada es mi suerte, que cedo á la dura necesidad y que mi mala estrella me empuja por este camino.”

—¡Ah! augusta señora, exclamó el ministro suspirando. Me alegraría que oyese vuestros lamentos y sentidas quejas aquellos que acusan á V. M. de mezclarse en la política por pura ambicion y amor de poder.

—Amor mio, le dijo María Antonieta, si oyese mis palabras no dirian que las siento, sino que las repito de memoria para desarmar la justa cólera de mis enemigos. En vano es que yo trate de justificarme, nadie me escucharia. Fuerza es que yo sea culpable, que yo sea criminal, á fin de que los que me acusan aparezca que tienen razon, para que ellos suban y yo descienda. Pero no hablemos mas de esto. Sé la suerte que me espera, veo claro en mi mente y en mi espíritu que estoy perdida. Pero no me entregare sin lucha, pelearé hasta el último instante, y si es fuerza que yo sucumba, será al ménos con honra, como corresponde á mi posicion y á los principios en que he sido criada. Ea pues, continuad. Veamos los nuevos folletos y acusaciones que han lanzado contra mí.

Sacó el ministro de su cartera un paquete de folletos y los extendió en una mesita que habia delante de la reina.

—¿Cuántos á la vez! exclamó ella hojeándolos. ¿Qué pena se toman mis enemigos y cuánto debe escocerles la tenacidad de mi existencia! Hé aqui el titulo peregrino de uno de los folletos:—Consejo sano dirigido á madama Déficit para que deje la Francia tan pronto como sea posible.—Madama Déficit! repitió la reina. Esta soy yo, ¿no es así, Brienne?

—Sí, señora, tal es el nombre que ha puesto á V. M. el malvado duque de Orleans.

Despidieron rayos de cólera los ojos de la reina. Abrió los labios como para decir una palabra fuerte, mas se reprimió de pronto y continuó el exámen de los folletos y caricaturas. Mientras hacia esto, y leia de cuando en cuando aquellos trozos mas cargados de veneno y rencor, hilo á hilo surcaban sus mejillas lágrimas silenciosas, hasta que por un instante pareció ahogarla el dolor.

Compadecido Brienne del hondo pesar de la reina, la rogó cesara aquella lectura, y trató de recoger y llevarse los apasionados y groseros impresos; pero se lo impidió María Antonieta.

—No, quiero verlos todos, dijo ella. Debo enterarme de cuanto se hace y dice contra mí. “No me priveis de estos papeles, fundado en

que me causan pesares. Natural es que me doelan las frases duras é injuriosas que se me dirigen en esos impresos, que abrigue tan mala opinion de mí un pueblo á quien amo, y por cuyo buen concepto estoy dispuesta á hacer cualesquiera sacrificios.”

En aquel punto se abrió con estrépito y sin ceremonia la puerta del gabinete de la reina y entró la duquesa de Polignac.

—Perdone V. M. si la interrumpo, perdone, pero...

—¿Qué hay! la atajó la reina asustada y poniéndose en pié. Duquesa, vienes á anunciarme una nueva desgracia. Es sobre el delfin, ¿no es eso? Está peor?

—Mucho peor, señora, segun opinion de los médicos, porque le han entrado calambres.

—¡Dios mio! Dios mio! exclamó María Antonieta levantando las manos al cielo. ¿Qué nueva desgracia me aguarda? Será que ahora me toque perder á mi hijo, á mi querido hijo? Hé aqui que mientras derramo lágrimas de sangre por la maldad de mis enemigos, el hij de mis entrañas lucha á brazo partido con la muerte. ¡Adios! Brienne, á otra parte me llama el amor materno.

Y la reina, olvidada de todas sus pesadumbres, sin pensar ya mas que en su hijo enfermo y moribundo, corrió de aposento en aposento, tal que apenas podia darle alcance la duquesa, hasta llegar al lado opuesto del palacio donde se hallaban los cuartos pertenecientes á los principes.

—¿Vive? preguntó María Antonieta al criado que se hallaba de pié en la antesala del delfin.

Pero no aguardó la respuesta, sino que se precipitó á la puerta de la alcoba, la abrió de golpe y llegó hasta la cama del enfermo.

Allí, bajo un dosel de flecos de oro, yacia sin movimiento, pálido, con los ojos abiertos, los labios secos, la mente vagarosa, el jóven delfin de Francia, hijo primogénito de María Antonieta y Luis XVI. En torno del lecho se hallaban los médicos, el sacerdote llamado á la carrera, y los criados, unos y otros contemplando con ojos melancólicos, las estenuadas formas del pobre mozo, cuyo fin ya podia darse por seguro. Solo faltaba la madre, la madre triste y abatida, para que el grupo tuviese su acabamiento y solemnidad.

Se inclinó ella sobre el enfermo, le abrazó tiernamente y le cubrió de besos y ardientes lágrimas, con cuyas caricias se animó un poco del letargo en que yacia por horas seguidas. Sí, una vez mas el delfin Luis revivió, abrió los ojos y cuando vió tan cerca de sí el rostro de su madre bañado en lágrimas, se sonrió y trató de levantar la cabeza para corresponder á sus caricias; pero no pudo, porque la muerte con mano de hierro ya le tenia clavado en la almohada.

—¿Qué te duele, hijo mio? le preguntó María Antonieta. ¿Sufres?

—No, mamá, nada me duele; contestó el jóven con voz tan apagada que apenas se le oia. “Solo padezco de verla llorar, mamá.”

Al punto María Antonieta enjugó sus lágrimas, y arrodillada á los bordes del lecho de muerte de su hijo, halló fuerzas en su amor materno para sonreirse, cosa que el delfin, cuyos ojos continuaban fijos en ella, no viese su profundo dolor.

Reinaba en el aposento un silencio completo, solo se oia el apagado zumbido de las oraciones que dirigian al cielo los circunstantes por la salvacion del alma del moribundo y el resuello tardo y trabajado de este.

A poco se abrió la puerta con tiento y paso ante paso se adelantó un hombre en puntillas, yendo á arrodillarse junto á la cama al lado de María Antonieta. Era el rey, á quien habian ido á llamar de la cámara del consejo para ver morir á su hijo.

Entonces el sacerdote en voz clara empezó á recitar la oracion de los moribundos, que repetian por lo bajo todos los presentes. Solo la reina permaneció muda: sus ojos estaban fijos en el rostro de su hijo, cuya transfiguracion se efectuaba por instantes.

De repente dió ella un gran grito y cayó su cabeza en el ya inanimado pecho del delfin. Acababa de espirar. Lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del rey, el cual con los brazos cruzados, y los ojos levantados al cielo, continuó en sus oraciones.

—El Señor nos le dió, el Señor nos le ha quitado, bendito sea el nombre del Señor. Amen. Esto dijo el sacerdote con los brazos extendidos y en voz clara y solemne.

—Amen, dijo el rey cerrando gentilmente los ojos de su hijo. Dios te ha llamado á su seno, hijo mio, quizás porque queria libertarte de los pesares y trabajos de este mundo. Lloado sea.

—¡Adios! hijo mio! adios! decia María Antonieta sin dejar de besar el rostro pálido y frío del muerto. ¡Ay! ¿Por qué no muero yo contigo? Por qué no salgo yo tambien de este mundo miserable y triste?

Despues, como si se arrepintiese de las palabras que le habia arrancado el dolor, se levantó y dijo al sacerdote, que rociaba con agua bendita el cadáver del delfin:

—Padre, haga que se den mil francos á los padres pobres de los niños que nazcan hoy en Versalles. Deseo que este día sea de completo gozo para los pobres, que lejos de perder como yo, han ganado un hijo, y que los labios de las madres felices tengan motivo para bendecir aquel en que murió mi desventurado hijo. Tenga la bondad de traerme mañana la lista de los niños pobres nacidos hoy.

—Ven, María, dijo el rey. Ya no perteneces á los vivos el cuerpo de nuestro hijo, sino al sepulcro de nuestros antepasados en San Dionisio, y su espíritu á Dios. El delfin ha muerto! Viva el delfin! Aquel gana vida eterna en otro mundo mejor. Madama de Polignac, llévanos el delfin al gabinete de su madre.

Y allá, con porte digno y reposado, peculiar al rey en los momentos de prueba, condujo él á la reina, arrastrándola suavemente por el brazo.

—¡Ay! exclamó. Aquí al ménos estamos solos y puedo llorar libremente á mi querido hijo.

Y echando los brazos al cuello de su marido, dió rienda suelta á su amargo llanto. El rey la estrechó tiernamente en los brazos, y lloró con ella como un niño.

En esta actitud los halló la duquesa de Polignac, la cual abrió la puerta con sutileza. Pero al verlos el uno en brazos del otro, al oír sus sollozos, se detuvo, y diciendo unas cuan-

las palabras al chico que iba á su lado, le empujó al centro del cuarto y ella se retiró sutilmente, cerrando la puerta tras sí. Por un instante el niño se estuvo parado é irresoluto mirando ahora á su padre, ahora á su madre, ahora al ramillete de rosas y violetas que llevaba en la mano. El pequeño Luis Carlos poseía aquella belleza dulce y tierna que excita lágrimas y llena el corazón de melancolía, porque no puede uno menos de pensar que la vida con sus asperezas y helados ciervos, no verá con piedad esta flor de inocencia, y que el rostro radiante y angelical del niño un día se trocará en el áspero y tostado del hombre. Tenía entonces cuatro años de edad; llevaba botitos de marroquí con puntas rojas; anchos calzones de terciopelo azul oscuro que bajaban hasta las rodillas y sujetaban á la cintura una faja de seda azul, cuyas puntas adornadas de encaje le caían sobre el costado. Su chaqueta de terciopelo del mismo color, ricamente bordada, tenía un lechuguillo ó vuelo de encaje en torno del cuello. El rostro ovalado, color de rosa con los labios rubicundos, el Loyito en la barba, los ojos grandes azules, sombreados por pestañas largas y oscuras, la frente espaciosa y altiva, coronada de cabellos de oro, que caían en graciosos y espesos rizos por el cuello y hombros, completaban el arreo y el retrato de aquel niño, llamado de repente á presencia de sus padres en hora de suprema angustia. Tal parecía uno de los ángeles, que nadie mas que Rafael ha sabido dar vida en el tosco lienzo, y cualquiera le habria tomado por uno de ellos, sin la estrella de plata bordada en la solapa izquierda de su chaqueta. Esa insignia, que marcaba su rango como príncipe, era en el bello niño el sello de su muerte; sello que ya le habia estampado en el pecho su cruel destino.

Por un momento estuvo él, como decimos, indeciso, sobre lo que debia hacer, viendo á sus padres en aquellos extremos de dolor; pero al fin emprendió la carrera y presentando el ramillete á la reina dijo:

—Mamá, aquí tienes flores de mi jardín.

María Antonieta levantó la cabeza y en medio de su llanto se sonrió al ver á su hijo y su actitud. El rey hizo mas, cesó de llorar y le alzó en sus brazos.

—María, dijo él presentándole á su madre, hé aquí nuestro hijo, el delfín de Francia.

María Antonieta le tomó por la cabeza en ambas manos y materialmente le cubrió la cara de besos amorosos, si bien con los ojos llenos de lágrimas, con la boca llena de risa.

—¡Dios te guarde, hijo mio! le dijo con solemnidad. ¡El te bendiga, delfín de Francia! Quiera el cielo que las tempestades que ahora oscurecen nuestro horizonte, hayan pasado cuando tú asciendas al trono de tus padres! Sí, Dios te bendiga y te proteja, delfín de Francia!

—Pero, mamá, preguntó el muchacho, ¿por qué me llamas hoy delfín? Yo soy tu Luisito, duque de Normandía.

—Hijo mio, dijo el rey gravemente, Dios se ha servido darte otro título y otro destino. Tu pobre hermano Luis nos ha dejado para siempre. El ha ido á donde le llamaba Dios y ahora tú eres el delfín de Francia.

—Y él conc da que sea para tu bien, añadió la reina en medio de sus sollozos.

—Ciertó que no es para mi bien, observó el niño sacudiendo la cabeza, cuando mamá llora tanto.

—Lloro, hijo mio, lloro sin consuelo, le contestó su madre, porque Luis, tu hermano, que era el delfín, nos ha dejado en este valle de lágrimas.

—¿Y no volverá nunca mas? preguntó el chico.

—No, Luisito, nunca mas volverá.

—¡Ah! exclamó el niño rodeando con los brazos el cuello de su madre, ¿quién puede dejar á esta querida mamá y no volver nunca mas? Yo no te dejaré nunca.

—Ruego á Dios que hables verdad, dijo la reina suspirando y estrechándole en sus brazos con ternura. Ruego á Dios que yo muera ántes que Vds. dos.

—¡Ah! No ántes que yo, no ántes que yo; repitió el rey afectado. Sin tí, mi querida María, mi vida seria un desierto; sin tí, el rey de Francia seria el mas misero de los hombres.

—Y conmigo, dijo ella como entre sí, quizás sea el mas desgracia lo de los nacidos.

—Si estás tú á mi lado, dijo el rey con pasión al oírlo, y me amas, yo no puedo ser infeliz jamas. No lores mas, es menester dominar nuestra pesadumbre y aprender á conformarnos con la voluntad de Dios. Te repito: ¡el delfín ha muerto, viva el delfín!

—Papá, dices que el delfín ha muerto y nos ha dejado ¿se ha llevado consigo todo lo que le pertenece?

—No, hijo mio, nada se ha llevado. Ahora eres tú el delfín y luego serás rey de Francia, porque eres el heredero de tu hermano.

—¿Qué quiere decir heredero?

—Quiere decir, que ahora te pertenecen los títulos y honores de tu hermano.

—¿Nada mas que eso? preguntó el príncipe con timidez. Yo no quiero sus títulos ni sus honores.

—Tú eres el heredero del trono y llevas el título de delfín de Francia.

—Mamá, dijo él entonces dirigiéndose á su madre, á la cual miró con ojos de súplica, ¿crees tú que suena tan bien el título de duque de Normandía, ó que me amarás doble, si me llamase delfín de Francia?

—No, mi querido hijo, yo no te amaré mas por eso, y bien sabe Dios que seria muy dichosa si pudiera llamarte todavía duque de Normandía.

—Entonces, mamá, repuso el jovencito con calor, siento mas bien que me alegro de recibir ese nuevo título. Pero desearia saber si mi querido hermano enfermo no me ha dejado alguna otra cosa.

—Alguna otra cosa! repitió el rey asombrado. ¿Qué desearias que te hubiera dejado?

—No quisiera decirselo á papá repuso el príncipe bajando los ojos, siempre en los brazos de su madre. Pero si es cierto que el delfín se ha ido, que no vuelve mas y que no se lo ha llevado todo consigo, hay una cosa que yo quisiera tener y que me daria mas gusto que el título de delfín.

—¿Entiendes, María, lo que dice? preguntó el rey á la reina.

—Creo adivinario; contestó María Antonieta.

Se levantó en diciendo esto, atravesó el cuarto, abrió la puerta que daba al aposento inmediato y dijo algo en secreto al paje que allí estaba de guardia. Luego tornó á su asiento y tropezó con el ramillete que se le habia caído al niño de la mano cuando su padre le levantó en sus brazos.

—¡Ah! Mis violetas y lindas rosas! gritó el príncipe con el semblante anublado. Pero animándose de pronto y mirando á la reina muy risueño, agregó:—Me alegraria mamá, que siempre caminase sobre flores plantadas y recogidas por mí.

En aquella sazón se abrió la puerta poco á poco y corrió hácia el príncipe, meneando la cola y alegre, un perrito negro, belludo y gracioso.

—¡Bijou! gritó el niño arrodillándose para recibir su perro. ¡Bijou!

Y el perrillo con las patas delanteras en los hombros del niño le lamia la cara tierna y repentinamente.

—Ahora bien, Luis, ¿he adivinado tu deseo? le preguntó la reina. ¿No era eso lo que ambicionabas tanto?

—Lo adivinaste mamá. ¿Es Bijou parte de mi herencia tambien? Es mio ahora pues que mi hermano le ha dejado?

—Sí, hijo mio, el perrito es parte de tu herencia; contestó el rey con triste sonrisa.

—¡Conque Bijou es mio, mio! gritó el muchacho en un raptó de gozo. Bijou parte de mi herencia. Qué bueno!

—¡Ay! Qué inocente exclamó la reina. ¡Dichosa niñez. ¿Por qué tanta felicidad é inocencia no duran toda la vida? Por qué hemos de pisotearlas como las rosas y violetas de mi hijo? Hereda un reino cuando menos lo espera y sin embargo, la posesion del perrillo que le lame las manos, le causa mayor júbilo. El amor es la mas hermosa herencia que Dios legó á los hombres, porque el amor nos acompaña hasta la muerte!

CAPITULO XI.

EL REY LUIS XVI.

Lució en París el memorable 14 de Julio. Habia abierto la revolucion su cráter por la primera vez, despues de haber dejado oír de tiempo atras, truenos subterráneos y sacudido hasta sus fundamentos la antiquísima capital de Francia. Mucho ántes de haber tomado la fuga el juicio, la discrecion y la verdad, habian inundado las calles las corrientes de lava de las conmociones populares, de los motines, asesinatos y desórdenes de todas clases.

Habia tomado el pueblo por asalto la famosa Bastilla, matado á su gobernador, y dejado oír por la primera vez el grito espantoso de:—¡Al poste de la farola! pues habia convertido en horca los piés de amigo de hierro del alumbrado público, y en ellos colgaba á todos los objetos de su odio.

Pero entre tanto todavía no habian llegado á Versailles las olas candescientes de la lava revolucionaria.

Tras un largo día de ansiedad en los aposentos del rey y de la reina, consumido en resoluciones seguidas de resoluciones sin venir á ninguna resolucion, volvieron á reinar la paz

y el silencio en el palacio hácia la tardecita del 14 de julio.

Desde temprano María Antonieta se habia retirado á sus aposentos. Lo mismo habia hecho el rey, quedándose dormido en su lecho. Hacia pocas horas, sin embargo, que reposaba cuando le despertó un rumor cerca de su cama, como de persona que se dirigia á llamarle. Apenas abrió los ojos, reconoció á su lacayo, que, con las señales de la mayor alarma impresas en la cara, le anunció al duque de Liancourt, maestro mayor de la guarda ropa de S. M., el cual esperaba en la antesala y deseaba obtener una audiencia inmediata del rey. Este se estremeció y trató de meditar lo que haria. Luego se levantó del lecho con visible enfado y ordenó á su ayuda de cámara le vistiese al punto. Hecho esto con la posible expedicion dispuso condujeran al duque al cuarto inmediato, donde se proponia recibirle.

Al salir en la mayor agitacion vió al duque, cuya lealtad al monarca era bien conocida, de pié, pálido, desfigurado y tembloroso, y le dijo:

—¿Qué pasa, amigo mio?

—Sire, contestó el duque casi sin aliento, en el desempeño de mi oficio, que me permite estar cerca de V. M., he creído de mi imperativo deber participarle las noticias que acaban de confirmarse y que son tan importantes y graves que seria locura pretender ocultarlas de V. M. por mas largo tiempo.

—¿Cuáles son esas noticias? Habla.

—Hanme dicho que V. M. ignora todavía todo lo que ha ocurrido ayer en París, porque el jefe de las tropas no se ha atrevido á enviar el parte á V. M. y al gabinete. Se sabia desde ayer á la caída de la noche en Versailles que el pueblo, con las armas en las manos, habia asaltado y destruido la Bastilla. Y acabo de recibir un correo de París, confirmando estas nuevas con los mas espantosos pormenores. Sire, creo que como servidor fiel de la corona, me corresponde rasgar el velo que hasta ahora ha impedido á V. M. ver claro el asunto y obrar en consecuencia. No solo ha tomado el pueblo por asalto la Bastilla, sino que ha cometido los mas horrosos crímenes en las calles de París. Por ellas ha paseado, en medio de gritos salvajes, las ensangrentadas cabezas de Delaunay y de Flesselles, enclavadas en picas. Parte de los bastiones de la bastilla han sido arrasados. Varios de los inválidos que hacian allí la guardia han sido colgados de los postes de las farolas del alumbrado público, como perros. En algunos regimientos aparecen ya síntomas de insubordinacion. Se calcula que doscientos mil hombres, del bajo pueblo en su mayoría, recorren las calles de París, cantando canciones subversivas, armados de toda suerte de armas; y se teme que esta misma noche ocurra un levantamiento general de la poblacion de la ciudad.

Habia escuchado el rey de pié esta horrible relacion, como si soñara; se puso pálido, mas conservó aparente serenidad hasta el fin.

—¿Con que hay un motin? dijo tras una breve pausa, como si despertara del sueño.

—No, Sire, repuso el duque con vehemencia, no diga motin V. M., revolucion, fiera revolucion.

—Tenia razon la reina, agregó el monarca